

¿Qué son las **comunidades eclesiales de base?**



son grupos de cristianos que buscan vivir establemente la fraternidad de los hijos de Dios y expandirla a su alrededor. Tienen tres dimensiones constitutivas: (1) Constituirse como hijas e hijos de Dios y alimentar esa relación con él; (2) ir haciéndose hermanos y expresar esa fraternidad; (3) el sentido misionero de ambas dimensiones.

PEDRO TRIGO



Constituirse como hijas e hijos de Dios y alimentar esa relación con Él

Esta dimensión es estrictamente personal: Dios llama a cada quien y es uno quien tiene que responder. Pero el ámbito de la llamada y de la respuesta es el grupo. Esta relación con Dios tiene dos elementos:

El primero es la autenticidad. Llamamos autenticidad a la actitud de seguir ese impulso que me mueve desde más adentro que lo íntimo mío. Nosotros los cristianos reconocemos en

esa fuerza, en ese dinamismo, en esa energía al Espíritu Santo. Somos templos del Espíritu de Dios. El Espíritu sopla para que podamos percibirlo, tenemos que vivir atentos; y para distinguirlo de otros impulsos nuestros o del ambiente, tenemos que ir ejercitándonos en el discernimiento. Como el Espíritu me trasciende desde dentro, al seguir su moción, al darle curso dentro de mí, todo mi interior se pone a vibrar, entran en juego mis mejores energías. Esta actitud de recogimiento (que supera tanto la dis-

persión como el ensimismamiento), si la mantengo, se va convirtiendo en hábito.

El segundo es la fe. Llamamos fe a la actitud de ponernos en las manos de Dios con entera confianza. Hemos recibido la buena noticia de que el propio Dios quiere reinar en nuestro corazón; es decir, quiere ser mío y que yo sea de él. Si yo le abro la puerta, si le voy diciendo que sí de un modo cada vez más generoso, le voy dejando a él que se comporte como verdadero Padre que es y me voy transformando en

verdadero hijo suyo. Vivir de fe es vivir de esta relación con Dios, de modo que ella vaya configurando cada aspecto de mi vida.

Ir haciéndose hermanos y expresar esa fraternidad

Al principio el trato en las comunidades se caracteriza por la cortesía y la deferencia. Es la señal del deseo que tienen los participantes de estar a bien con los demás y del cuidado de no herir a nadie; pero también, es un modo de mantener distancia y que nadie invada la propia privacidad. Es que el punto de partida ambiental es el trato fluido, incluso amable; pero que se queda en la superficie. Se podrá llegar a ayudar a otro cuando tiene necesidad; pero cada quien está en su casa y cada persona tiene su mundo, que ordinariamente no comunica ni a su familia, si es caso a un amigo, pero la mayoría, ni eso.

Un aspecto que contribuye decididamente en el hermanamiento de los miembros de la comunidad es la escucha compartida de la palabra de Dios. Es un ámbito sagrado que se comparte. Es la misma Palabra la que se dirige a cada uno. Cuando una persona se anima a expresar lo que la Palabra le dice y más aún lo que responde a ella desde lo más auténtico de sí, los demás saben que participan de una verdadera confesión, que lo que se oye es un secreto que se comparte y que obliga a ayudar a la persona a ser fiel a su compromiso con Dios.

Esos encuentros comunitarios abiertos a Dios y a su Palabra, que es Jesús, crean unos lazos sagrados que se van expresando poco a poco en conversas privadas en el vecindario o en la casa. Esas pláticas, además de ahondar lo escuchado, lo van aplicando a la vida; y así poco a poco los miembros de la comunidad van entrando en honduras y la hermandad se fortalece en el compartir, en el aconsejarse y en el ayudar. Empiezan a crecer juntos como personas, ayudándose mutuamente a llevar las cargas y celebrando esta vida que se siente renovada.

Las relaciones de los miembros entre sí en la vida diaria refluyen sobre las reuniones comunitarias, que se van volviendo más llanas, más concretas, más francas y, por eso, también más provechosas y comprometidas, en definitiva, más fraternas.

Una muestra de la densidad de estas relaciones es el deseo de lograr alguna institucionalización y así van surgiendo unidades de compra, comités de salud, talleres de confección, hogares de cuidado diario, clubes de madres, panaderías populares... Gerenciar juntos estas instituciones adensa enormemente la fraternidad, pero a la vez la pone a prueba porque son tareas complejas que tocan intereses vitales. Es normal que surjan malentendidos, desavenencias, incluso conflictos. Aprender a procesarlos desde esa voluntad irrenunciable de vivir como hermanos, que está anclada en el seguimiento de Jesús, es un punto crucial en las comunidades.

Expandir esa vida fraterna de los hijos de Dios

Es una ley de antropología social que si unas personas han logrado cuajar como grupo internamente diferenciado, integrado y dinámico, tiendan a girar sobre ellas mismas, cultivando esas relaciones que les resultan satisfactorias, y diferenciándose y distanciándose de sus antiguos grupos de referencia y de su entorno vecinal. Las comunidades cristianas de base no están inmunes de esta tendencia.

Pero la fraternidad de los hijos de Dios no es ensimismada sino transitiva. Si el grupo se encierra en sí mismo es señal de que no lo anima el amor de Dios, porque el bien que brota de Dios se difunde. Sólo permanecemos en el amor de Dios aproximándonos misericordiosamente a los hermanos que tienen necesidad. El Espíritu Santo es acción. La Biblia lo compara al crepitar de la llama, al soplar del viento, al manar del agua, al cernirse del ave. El amor de Dios no se puede guardar bancariamente; se lo recibe al darlo.

Por eso la misión es la piedra de toque de la genuinidad de la CEB. Jesús nos pide que seamos sal y levadura, lo que significa que el destino de la comunidad es fecundar al ambiente donde vive.

La misión nada tiene que ver con el proselitismo, porque no busca el engrandecimiento institucional. El sentido de la misión es que otras personas puedan tener la experiencia de crecimiento y humanización que uno ha tenido.

La misión comprende dos dimensiones que en el conjunto de la misión no pueden separarse, pero que sí se distinguen

y que, según el caso, pueden enfatizarse en grados diversos o incluso explicitarse una nada más.

La misión de la comunidad, como la primera misión que Jesús encomendó a sus discípulos, tiene como primer objetivo comunicar la cercanía absoluta de Dios como gracia y misericordia. Jesús lo llamaba el reinado de Dios. La comunicación que Dios nos hace de sí mismo, nos da la posibilidad de vivir una existencia auténtica.

Es posible que parte de las personas que hayan abierto a Dios su corazón deseen vivir esa relación con Dios integrándose a la comunidad. La comunidad debe abrirse para darles lugar y acogerlas como son. Pero los misioneros tienen que dejar claro que siempre queda abierta la posibilidad de que Dios les lleve por otros caminos, tanto otros grupos como simplemente sus propios ámbitos de vida.

El objetivo de la misión es que las personas abran su corazón a Dios y que lo acojan y vivan como verdaderos hijos suyos. Pero, sólo proponen realmente a Dios como Padre los enviados que se comportan como verdaderos hermanos de aquellos a quienes evangelizan. La fraternidad de los evangelizadores es el sacramento del Evangelio. Sin ella la proclamación es vacía.

Como el Dios a quien se proclama es el que quiere que todos los seres humanos se salven, el que no quiere la muerte del pecador sino que se convierta y viva y el que privilegia a los pobres que los demás desprecian y excluyen, la fraternidad que lo revela es la que no se restringe a los que nos caen bien o a los que nos reciben, sino que se alarga a los desconocidos, a los despreciados, porque se los deja por imposibles, a los pobres y más a los pobres enfermos o solos.

Portarse como hermano de todos, no dar a nadie la espalda, ayudar a quien lo necesita... no son estrategias para tener buena fama y ganarse adeptos. Es simplemente portarse como hijos de Dios y discípulos de Jesús. No es un medio para nada, es un fin en sí mismo. Pero una muestra señalada de esa fraternidad es dar el secreto de la misma, no dar sólo el don sino la fuente de donde brotan los dones, lo que le hace a uno vivir así: dar a ese Dios que uno descubrió como un tesoro inagotable.

A la larga ese ejercicio de la fraternidad tiene que encontrar expresiones insti-

tucionalizadas que lo hagan más permanente y eficaz. Nunca debe faltar la convivialidad abierta, que es la tierra fértil de todo lo demás. Pero, precisamente para atender establemente diversos aspectos de la vida colectiva, van naciendo organizaciones específicas. Guiados por su instinto fraterno, los miembros de la comunidad se van integrando a ellas, si ya existen o las van creando, estimulando a otros para que participen.

Comunidad abierta

Sintetizando estas tres dimensiones, podemos decir que el objetivo de la comunidad cristiana de base es construir comunidad, es decir, vivir comunitariamente. Pero con tal de que se entienda a la comunidad de un modo abierto.

La comunidad tiene que estar abierta ante todo a la subjetualidad de cada uno de sus componentes. La comunidad no puede ser posesiva, totalitaria. Por el contrario, tiene que entenderse como personalizada y vivirse de modo que personalice a cada uno de sus miembros, que los estimule a vivir de una manera auténtica. La comunión en la que consiste la comunidad se realiza por la comunicación de los dones que Dios puso en cada uno.

Tiene que estar también radicalmente abierta a la comunidad divina. A Dios como el Padre-Madre que la funda llamándola no sólo a existir como comunidad humana, sino a entrar a formar parte de la comunidad divina y a sembrar por el mundo la fraternidad de los hijos de Dios. Abierta a Jesús de Nazaret, es decir, llamada a contemplarlo en los evangelios para proseguir su camino, siendo así sus enviados y testigos, como él lo fue del Padre. Y esta apertura a Dios y a su Hijo, desde el Espíritu, que, como hemos explicado, significa desde la autenticidad.

Finalmente, la comunidad debe estar abierta al medio donde vive y del que se siente parte por elección solidaria. Eso significa la encarnación: asumir su medio para que se humanice radicalmente según el modelo humano que tenemos en Jesús. Por eso la comunidad no puede dar la espalda al pueblo. Por el contrario, la calidad de su crecimiento humano se prueba en que no se separa de un modo elitista, sino en que se entrega a los vecinos con amor

misericordioso, considerándose parte de ellos, tratándolos horizontalmente, más aún, desde abajo, atendiendo de un modo más intenso a los dejados por imposibles y amando más entrañablemente a los pobres.

Vida cualitativa

Pero, todo lo que hemos dicho se funda en la experiencia de una vida cualitativa: la vida que brota de la relación con Dios y con Jesús y con los hermanos, desde la obediencia al Espíritu que hemos llamado autenticidad. Esta vida auténtica se expresa como filiación y fraternidad. Pero, es ante todo vida, vida plenamente humana, participación de la vida de la comunidad divina. Es lo que el evangelio de Juan llama vida eterna, que comienza aquí como semilla y que fructifica después de la muerte.

Aunque el misterio es que esta vida tan cualitativa se experimente en la debilidad, en la precariedad extrema del medio y de cada persona, incluso en la infidelidad y en el pecado. Las comunidades sienten a la vez su tesoro y que esa riqueza está en vasos de barro. La comunidad experimenta esta desproporción a cada rato y ella le mueve a sentirse siempre pobre y humilde, pero también, a darle gracias a Dios por lo que obra en ella y a través de ella.

El agente pastoral en el proceso de irse haciendo la comunidad

Desde el horizonte propuesto, el principio metodológico fundamental es que el proceso para construir la comunidad no puede ser sino comunitario: ni dirigismo, ni que cada quien haga lo que quiera, ni fraccionalismo de mini-grupos. La comunidad se va creando mediante relaciones horizontales en las que cada quien va sacando, para provecho del conjunto, los dones que Dios le va dando.

Un aspecto que debe ser tematizado es el de la relación entre el grupo y el agente pastoral. El punto de partida es desigual: el agente pastoral está en ventaja. Esto debe reconocerse expresamente. A balancear la relación contribuye el que los encuentros acontezcan en la casa del pueblo y no del agente pastoral. Con esto no queremos aludir tan sólo al ámbito físico, sino también al

ritmo (no debe ser reunión sino encuentro), al lenguaje, al modo de relacionarse, al mundo de intereses y, de un modo muy particular, a quién controla (efectivamente no formalmente) la reunión.

Si el agente pastoral no da lugar y los demás no lo ocupan como ellos son, no se dará el proceso en esa dirección comunitaria. Se llame como se llame, lo que resultará será un grupo del agente pastoral, no una comunidad de base. Dar lugar es dar la palabra. Pero, dar la palabra no es inducir en los demás la respuesta que yo ya tengo. Dar la palabra es querer conocer sinceramente la respuesta de los otros, porque yo no pretendo tener toda la verdad, porque yo estoy convencido que la Verdad me supera absolutamente y necesito los aportes de los otros para ir acercándome a ella.

Dar lugar es también dar responsabilidades; más aún, es compartir sinceramente la responsabilidad. Esto presupone que el agente pastoral está convencido de que cada quien tiene la suya y que cada quien la debe ejercer.

Dar lugar es sobre todo dar la fe que Dios tiene en cada uno de los miembros del grupo. Dios cree en cada uno y espera que dé de sí. Dios quiere que seamos hijos no niños. Él nos hizo capaces y nos dio su Espíritu para estimular desde dentro esas potencialidades. Si el agente pastoral no cree en la gente, nunca llegará a constituirse la comunidad. Ahora bien, debe creer en lo que la gente tiene como don dado por Dios, no en que puedan llegar a ser como él. Ni él ni su cultura son la medida. Por eso, tiene que tener paciencia para no forzar ninguna respuesta; es decir, no forzar ni que respondan cuando yo quiero (cada quien tiene su tiempo), ni lo que yo quiero que respondan.

PEDRO TRIGO

Jesuita, teólogo, miembro del Consejo de Redacción de SIC y del Centro Gumilla

